

Un secreto es que conmigo  
Quiero que al sepulcro baje,  
Y no ha de saberlo nunca  
Desde el sol abajo, nadie.  
Si es sueño ó delirio mío,  
Quiero de él aprovecharme;  
Si es un aviso del cielo,  
Es imposible escucharle. »

Tornó al silencio Don César,  
Y el duque, que aunque no alcance  
La razon, sospecha alguna,  
Dijole sin ira casi :  
« Don César, noble he nacido,  
Y por mucho que yo os ame  
Llevar no puedo en paciencia  
Sin una escusa un desaire.  
Por misterioso ó fatal,  
Por precioso ó repugnante  
Que el secreto sea, ¿ creéis  
Que no sabré yo guardarle?  
— Sabeis quién soy, Don Fadrique,  
Y por escusa esto baste,  
Que no hablaré mas en ello  
Si santos me lo rogasen. »  
Y aquí ya de Don Fadrique  
La cólera desbordándose,  
Dijo al capitán Montoya  
Con voz resuelta y pujante :  
« ¡ Vive Dios, señor Don César,  
Que esto no es mas que un ultraje  
Que hacer queréis á mi casa,  
Y que está pidiendo sangre!  
Si no podeis el motivo  
Descubrirme que deshace  
Vuestra boda, satisfecho  
De un modo ó de otro dejadme.  
— Señor duque, ya está dicho.  
Si lo dejo de cobarde,  
Pues que me debeis la vida  
Nadie como vos lo sabe.  
Pero os juro que aunque osado  
Llegueis hasta abofetearme,  
No hareis que por causa alguna  
La espada mas desenvaine.  
Ni mas me la he de ceñir,  
Ni mas me harán que la saque  
Cuántas honras y razones  
En el universo caben.  
Mirad, señor Don Fadrique,  
Si el secreto será grande,  
Y pues veis á lo que obliga,  
Si hidalgo sois respetadle. »  
Callaron ambos á dos,  
Y continuaron mirándose  
Como hombres en sus propósitos  
Igualmente imperturbables.  
Al fin dijo Don Fadrique  
Por la estancia paseándose,

Como quien duda si debe  
Satisfacerse ó vengarse :  
« Señor capitán Montoya,  
Vida y honor me salvásteis  
Una noche, y aunque en esta  
Me los habeis vuelto tales  
Que no será mucho tiempo  
A restablecerlos fácil,  
Váyase lo uno por lo otro,  
De nada quiero acordarme.  
Estamos en paz, Don César. »  
Y continuó paseándose,  
Y atarazándose un labio  
Hasta revocar la sangre  
Entonces el capitán  
Con paso medido y grave  
En mitad del aposento  
Fué decidido á encontrarle ;  
Tendióle la mano y dijo :  
« Pensad, duque, si es bastante  
A dejaros satisfecho  
De este misterioso ultraje  
Mi resolución postrera :  
Tomad, señor, esas llaves ;  
De mis inmensos tesoros  
Haced con justicia partes :  
Una á Ginés por servirme,  
Con cuantos muebles hallare ;  
Un hospital ó convento  
Fundad con otra, si os place,  
Y otra á Don Luis de Alvarado,  
Que gana la apuesta infame  
Que hice de robar á Dios  
La mejor prenda al casarme.  
¿ Me comprendeis, señor duque ?  
Obedecedme y dejadme.  
Entregad al de Alvarado  
Lo que hoy de perder me place,  
Pero cuidado, Don Fadrique,  
Que no sepa el miserable  
Que era Inés, su propia hermana,  
La prenda que iba á jugarse. »  
Y así el capitán diciendo  
Un pliego sin letras ase,  
Escribe algunas palabras,  
Lo firma, lo sella y parte.  
Quedó Don Fadrique atónito,  
Ginés rompió en voces y ayes,  
Y en llanto amargo, que al punto  
Cambió en lágrimas el baile.  
Cundió la noticia rápida,  
Y el escándalo fué grande,  
Aunque al culpar los efectos  
No acierta la causa nadie.

## X.

## HECHOS Y CONJETURAS.

Todo era habillitas Toledo,  
Y todo interpretaciones.  
Cada cual forjó un enredo,  
Y hablaron todos con miedo  
De espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron  
Por Toledo al capitán,  
Mil fábulas le colgaron,  
Y los que las inventaron  
Por hechos las creen y dan.

Quién dijo que anocheciendo  
Le vió desde un corredor  
Allá en los aires cerniendo  
Un cuerpo alado y horrendo  
Cual fué bello el anterior

Quién dijo que un día oraba  
Ante un devoto retablo,  
Y vió al capitán que daba  
Ayuda y defensa brava  
Contra San Miguel, al diablo.

El hecho es que Don Fadrique  
A su escribano mandó  
Que en su nombre ratifique,  
Firme, selle y testifique  
Lo que Don César firmó.

Que se partió su tesoro  
Algunos días despues,  
Que se dió á los pobres oro,  
Y que rico como un moro  
Partió á la corte Ginés.

Ni mas descubrirse pudo,  
Ni puede decirse mas,  
Y este es el hecho desnudo,  
Pábulo, origen y escudo  
De las mentiras de atrás.

Mas hay entre todas una  
Que fábula ó tradicion  
En escritura oportuna  
Encontrarla fué fortuna  
Separada del monton.

El vulgo á su vez la cuenta  
Como innegable verdad,  
Y de quien dudarla intenta  
Dice que de Dios atenta  
Al poder y magestad.

Yo trovador vagabundo,  
La oí contar en Toledo,  
Y de aquel pueblo me fundo  
En la razon, y así al mundo  
Contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré ;  
Como á mi me la contaron  
Fielmente la contaré,  
Y á ser falso, juro á fé  
Que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años,  
Cada cual lleno á su vez  
De azares y desengaños,  
Mas á nuestro cuento estraños  
No hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron  
De hervir en la muchedumbre ;  
Diana y otras se casaron ;  
Y en fin, según es costumbre,  
Al que murió le enterraron.

Y del mar de su destino  
Ya pronto á romper el dique,  
Diz que al linde del camino  
De la vida, Don Fadrique  
Pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable  
Con la faz descolorida  
Vino un varon venerable  
Al duque á hacer tolerable  
La tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó,  
Y cuando á solas quedó  
Con el noble moribundo,  
La religion con el mundo  
Así plática entabló.

*Monge.* ¿ Don Fadrique ?  
*D. Fadrique.* Bien venido,  
Padre ; concluyendo estoy.

*Monge.* A ayudaros he venido  
A ir en paz ; prestad oído  
A lo que deciros voy.

« Há diez años que arrastrao  
Por intencion criminal  
Hollé de un templo el sagrado  
Y á Dios me senti llamado  
De una vision infernal.

Los muertos vi que sanan  
De las urnas sepulcrales  
Y blandones me encendian,  
Y con gran pompa me hacian  
En vida los funerales.

Vision de los cielos fué ;  
¿ Mas quién creyera mi historia ?  
A contarla me negué,  
Y haberla determiné  
Encerrada en mi memoria.

Tan solo existia un hombre  
A saberla con derecho ;

Porfó, porfó; y no os asombre,  
No me la arrancó del pecho :  
Don Fadrique era su nombre.

Mas lo que escusar no pude  
Al noble á quien ofendia  
Vengo, y ¡asi Dios me ayude!  
A que mi razon escude  
La fé de vuestra agonía. »

Y esto el buen monge diciendo  
Cayó ante el lecho de hinojos,  
Las manos del duque asiendo,  
Quien sus palabras oyendo  
Al monge tornó los ojos.

Contemplóle de hito en hito  
Con acongojado afan,  
Y exclamó al fin con un grito :  
« ¡ Sois vos! ¡ Dios santo y bendito!  
Abrazadme, capitan. »

Y los brazos enlazaron,  
Y á solas ambos á dos  
Por largo tiempo quedaron,  
Y largo tiempo lloraron  
Ante la imagen de Dios.

Y al fin de la confesion  
Henchido el duque de fé,  
Dijole : « A aquella vision  
Debeis vuestra salvacion,  
Que aviso del cielo fué. »

En cuyo punto sintiendo  
Llegar el trance fatal  
Del paso duro y tremendo  
« A Dios, DON CÉSAR, » diciendo,  
Lanzó el aliento vital.

Y aquí del todo acabada  
Del buen monge la mision  
Y el ánima encomendada,  
Con voz exclamó mudada  
Al darle la absolucion :

« ¡ Vé en paz! y si como espero  
El llanto ante Dios se apoya  
De un corazon verdadero,  
¡ Ruega á Dios, buen caballero,  
Por el capitan Montoya! »

Y dando al mundo un momento  
Al muerto besó en la frente,  
Y á paso medido y lento  
Triste volvió á su convento  
El capitan penitente.

Y há poco habia en sepultura humilde  
De la maleza oculta entre las hojas  
Una inscripcion borrada por los años,  
Que todo al fin sin compasion lo borran.

Unico resto de opulenta estirpe,  
Unico fin de la mundana pompa,  
Monton de polvo en soledad yacia  
Quien hizo al mundo con su audacia sombra,  
Y apenas pueden los avaros ojos  
Leer en medio de la antigua losa  
« AQUI YACE FRAY DIEGO DE SIMANCAS,  
QUE FUÉ EN EL SIGLO EL CAPITAN MONTOYA. »

#### NOTA DE CONCLUSION.

Y por si alguno pregunta  
Curioso por Doña Inés  
Y opina que queda el cuento  
Incompleto, le diré :  
Que Doña Inés murió monja  
Cuando la tocó su vez,  
Sin su amor, si pudo ahogarle,  
Y si no pudo, con él.  
Porque destino de todos  
Vivir de esperanzas es ;  
Quien las logra muere en ellas,  
Quien no las logra tambien.  
Con que ya sabe el curioso  
De mis héroes lo que fué,  
Y solo añadir me resta  
Dos palabras de Ginés.  
Hizo en la corte fortuna,  
Casóse al cabo muy bien  
Con una dama muy rica  
Y hermosa como un clavel.  
Y aunque dieron malas lenguas  
En alzarla *no sé qué*,  
Ella no alzó las pestañas  
Para al vulgo responder.  
Dió á Ginés un hijo zurdo,  
Y dijo su padre de él  
*Que habia nacido en casa*,  
Y en esto solo habló bien.

#### VIGILIA.

Misterios del alma son.  
MORETO.

Pasad, fantasmas de la noche umbria,  
De negros sueños multitud liviana,  
Que columpiados en la niebla fria  
Fugitivos llamais á mi ventana.

Pasad y no llameis. Dejadme al menos  
Que en la nocturna soledad dormido  
Los lentos dias de amargura llenos  
Calme y repose en momentáneo olvido.

Pasad y no llameis. La sombra oscura  
Vuestro contorno sin color me vela,

Se oye el crujir del tumultuoso viento  
Que fuera en torno de las torres gira.

Es triste, sí, muy triste y muy medroso,  
Velar sobre un volúmen carcomido,  
La frente ardiendo, el alentar penoso,  
Las llamaradas aumentando el ruido ;

Viendo las letras en las turbias hojas  
A su dudosa vibracion mezclarse,  
Negras, azules, amarillas, rojas,  
A la afanosa comprension negarse.

Y leer en vez de religiosas voces  
O de amorosa y métrica armonía  
Cifras que borran cifras mas veloces,  
De sentido infernal, de raza impía.

Pasad, fantasmas de la noche oscura,  
Quien quiera que seais, almas ó nieblas,  
Pasad, y en mis vigiliass de amargura  
No llameis á mi reja en las tinieblas.

No llameis, que enemigo de la sombra  
Odia el cantor vuestra armonía vana ;  
Dejad al trovador á quien asombra  
El oíros llamar á su ventana.

¡ Pasad, sombras sin cuerpos, aires vanos,  
Pobres de luz, de voz desconocida,  
Esquivos á los ojos y las manos,  
Estraños á la fé de nuestra vida!

Pásad, y no turbeis de mi sosiego  
La dulce calma ó la nocturna vela :  
No creo en vuestro sér, pasad, os ruego,  
Seguid al aire que os arrastra y vuela.

¿ Pensais que á esos ahullos y suspiros  
Con que llenais la oscuridad tranquila  
Como á silbos de brujas ó vampiros  
Mi amedrentado corazon vacila?

¿ Pensais ¡ oh! que por medio de escucharos  
Con voz pujante entonaré canciones,  
Y al arpa acudiré para ahuyentaros  
Con dulces trovas de amorosos sonos?

¡ Mentis, abortos de la sombra vana!  
Yo sé bien que, si fuerais mas que viento,  
Hogaras en monton en mi ventana  
Al blando són de mi amoroso acento.

Mentis, hijos del aire y de las nieblas,  
Mentis : yo tengo sin cesar conmigo  
Un talisman que alumbrá las tinieblas  
Del desdichado protector y amigo.

Mirad cuál radia en mi tugurio estrecho  
La limpia luz de la esperanza mia :  
Mirad cuál vela en mi desierto lecho  
Con su cariño maternal MARÍA.

Todas las noches mi dolor la implora,  
Y amiga de mi llanto solitario

Ni sé quién sois, ni vuestra faz impura  
El mas leve recuerdo me revela.

Mil veces al oír vuestros gemidos  
Mis ventanas abrí por consolaros,  
Os busqué en las tinieblas, ¡ y érais idos...!  
¿ A qué llamar si nunca he de encontraros?

Id á turbar el sueño indiferente  
Del que entre plumas sin afan reposa,  
Del que la vida en su risueña mente  
Ve placentera y celestial y hermosa.

Y si venis con rostros halagüeños,  
Mensajeros de rápidos placeres  
Avaras hallareis de vuestros sueños  
Por dó quiera bellisimas mugeres.

Llamad donde á la lumbre vacilante  
De alguna tibia y oportuna estrella  
Puedan al fin gozaros un instante,  
Y ver un punto vuestra blanca huella.

No á mí, que en vano por la sombra tiendo  
Los turbios ojos, me invoqueis perdidos,  
No á mí, que acudo, vuestra voz oyendo,  
Y al registrar la sombra, ya sois idos.

No á mí, que presa de secretos males,  
Tal vez la triste soledad me inspira  
Tiernas endechas y amorosos vales  
Que ensayo á solas en mi pobre lira.

No á mí, que al són de vuestras vagas voces  
Siento otra voz que me repite insana  
Dentro del corazon esos veloces  
Ecos que murmurais á mi ventana.

¡ Ah! yo os respondo y suspirais pasando  
Sin que haste á entender vuestro suspiro,  
Os llamo á mí, y os alejais volando,  
Gemis si duermo, y os velais si os miro.

Si á vuestras tristes misteriosas quejas  
Mis rejas abro y vuestro bien deseo,  
Solo á través de mis macizas rejas  
Cruzar las nubes en silencio veo.

¡ Oh de la noche incomprensibles ruidos!  
Ayes que hervis en la tiniebla oscura...  
¿ Quién sois? ¿ dó vais? ¿ de dónde sois venidos?  
¿ Qué voz ajena en vuestra voz murmura?

¿ Sois el rumor del agitado viento,  
Los ayes de las almas sin reposo,  
O la voz del tenaz remordimiento,  
Del descanso enemigo y envidioso?

Quien quiera que seais, almas ó nieblas,  
Pasad, y en vuestra confusion liviana  
Seguid vuestro camino en las tinieblas  
Y no llameis jamás á mi ventana.

Porque es triste ¡ muy triste! un aposento  
Donde á la luz de lámpara que espira

Todas las noches mis engaños llora  
Zon el raudal que reventó el Calvario.

Pasad, remordimientos tentadores;  
Ya sé quién gime mi falaz desvío,  
Ya sé quién riega las marchitas flores  
Con tierno llanto, del recuerdo mío.

¡Ya sé quién «hijo!» en soledad me llama  
É «hijo» á su voz la soledad responde...!  
¡Ah! cuanto mas tras la ovejuela clama,  
Mas á sus quejas y á su afán se esconde.

Tierna, amorosa, celestial María,  
Rosa inmortal del Gólgota sangriento,  
Faro infalible que mi rumbo guía  
Entre la furia de la mar y el viento;

Librame de esos ecos misteriosos  
Que me atormentan en la sombra vana,  
Aleja esos fantasmas vaporosos  
Que vienen á llamar á mi ventana.

¡Y tú, perdida y bella,  
Fugaz y última estrella  
Que viertes á deshora  
Delante de la aurora  
Con perezosa huella  
Dudoso resplandor!  
¡Oh! ¡trámeme la hermosura,  
La calma y la frescura  
Del alba trasparente,  
Que este tropel ahuyente  
Con que la sombra oscura  
Me cerca en derredor!

Ven, estrella matutina,  
Y á tu blanca y argentina  
Silenciosa aparición,  
Huirá de mi ventana  
Esa confusión liviana  
Que despierta mi aflicción.

¡Lámpara de consuelo  
A cuya lumbre velo,  
Que escuchas solitaria  
Mi tímida plegaria,  
Si acaso llega al cielo  
Mi súplica mortal!  
Trámeme la luz del día  
Que calme la agonía  
De esos remordimientos  
Que vogan turbulentos  
Sobre la niebla umbría  
En ilusión fatal.

Ven, estrella matutina,  
Y tu blanca y argentina  
Silenciosa aparición,  
Ahuyente de mi ventana

Esa infernal caravana  
Que huella mi corazón.

Recuerdos son dañinos  
Que cruzan peregrinos  
El arenal desierto  
Del corazón incierto,  
Buscándole caminos  
Que acaso no hay en él.  
Que nunca ven tranquilo  
Recóndito un asilo,  
Y que jamás se amansan,  
Y que jamás descansan,  
Corrientes que hilo á hilo  
Desbordan su nivel.

Ven, estrella matutina,  
Y á tu blanca y argentina  
Luminosa aparición,  
Huyan las sombras livianas  
Que llaman á las ventanas  
De mi triste corazón.

Dejadme, negros sueños,  
De aterradores ceños,  
De fuerza irresistible,  
Ya sé que es imposible  
Vencer vuestros empeños...  
Ya vuestro nombre sé.  
Dejadme que respire,  
Que viva y que delire;  
Pues mis errores lloro,  
Dejadme, yo os imploro;  
¡Dejad que en paz suspire  
Lo que insensato hollé!

Ven, estrella matutina,  
Y á tu blanca y argentina  
Silenciosa aparición,  
Huyan las sombras livianas  
Que llaman á las ventanas  
De mi triste corazón.

### GLORIA Y ORGULLO.

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,  
Fábulas sin color, sombra, ni nombre,  
A quien un nicho miserable encierra  
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna,  
Sin un sueño de gloria y de esperanza?  
Una carrera larga é importuna,  
Mas fatigosa cuanto mas se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas,  
Que velas el haren de las mugeres,

Opio letal que el sueño facilitas  
Al ébrio de raquíuticos placeres,

Lejos de mí. — No basta á mi reposo  
El rumor de una fuente que murmura,  
La sombra de un moral verde y pomposo,  
Ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa  
Del báquico festín, libre y sonoro,  
De esclavos viles la menguada tropa  
Ni las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;  
Tengo aliento de estirpe soberana;  
Por llegar á gigante enano vivo;  
No sé ser hoy y perecer mañana.

Yo no acierto á decir «la vida es bella,»  
Y descender estúpido al olvido;  
Amo la vida porque sé por ella  
Al alcázar trepar donde he nacido.

Dé esa inmensa pasión que llaman gloria  
Brotó en mi corazón ardiente llama,  
Luz de mi ser me abrasa la memoria,  
Voz de mi ser inextinguible clama.

Gloria, ilusión magnífica y suprema,  
Ambición de los grandes en quien quiso  
Velar Dios esa mística diadema  
Que nos dará derecho al paraíso,

Nada es sin tí la despreciable vida,  
Nada hay sin tí ni dulce ni halagüeño,  
Solo en aquesta soledad perdida  
La sombra del laurel concilia el sueño.

Solo al murmullo de la escelsa palma  
Que el noble orgullo con su aliento agita  
En blando insomnio se adormece el alma,  
Y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero  
Bajo ese verde pabellón soñaron;  
César, Napoleon y Atila fiero  
Bajo ese pabellón se despertaron.

Por tí el delirio del honor se adora,  
Por tí el hinchado mar hiende el marino,  
Por tí en su gruta el penitente llora,  
Y empuña su bordon el peregrino.

Por tí el soldado se vendió á sus reyes,  
Y lidia agora con porfía insana,  
No por esas que ignora pobres leyes,  
Por comprar una lágrima mañana.

Por tí le canta el orgulloso amante  
Dulces trovas de amor á una querida;  
Porque tal vez un venturoso instante  
Tenga en su canto prolongada vida.

Por tí del negro túmulo en la piedra  
Ambicioso el mortal graba su nombre,  
Porque tal vez entre la tosca hiedra  
Otro día al pasar le lea un hombre.

Por tí acaso el cansado centinela  
Que incendió una ciudad en la batalla  
Su cifra indiferente mientras vela  
Pinta con un tizon en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma  
Por tí con templos y palacios pisa,  
Por tí su gesto satisfecho asoma  
Tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por tí vencida se incendió á Corinto,  
Por tí la sangre en Maratón se orea,  
Por tí una noche con aliento estinto  
Tumba Leonidas demandó á Platea.

Por tí trofeos el cincel aborta,  
Y álzanse torres con tenaz porfía;  
Porque es la vida deleznable y corta,  
Y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche oscura  
Sobre un volúmen carcomido y roto,  
Y una mañana me sueño de ventura,  
Y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones  
El blando són del agua me adormece,  
Y entre pardos y errantes nubarrones  
De la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo  
Del aura que los árboles menea,  
De la tórtola triste el ronco arrullo,  
Y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,  
Los antiguos y góticos castillos,  
Y el granizo se estrella en sus cristales,  
O azota sus escombros amarillos.

¡Oh! si sentís esa ilusión tranquila,  
Si creéis que en mis cánticos murmura  
Ya el aura que en los árboles vacila,  
Ya el mar que rugen en la tormenta oscura;

Si al són gozais de mi canción que mieate  
Ya el bronco empuje del errante trueno,  
Ya el blando ruido de la mansa fuente  
Lamiendo el césped que la cerca ameno;

Si cuando llamo á las cerradas rejas  
De una hermosura, á cuyos piés suspiro,  
Sentís tal vez mis amorosas quejas,  
Y os sonreis cuando de amor deliro;

Si cuando en negra aparición nocturna  
La raza evoco que en las tumbas mora  
Os estremece en la entreabierta urna  
Respondiendo el espíritu á deshora;

Si llorais cuando en cántico doliente  
Hijo estraviado ante mi madre lloro,  
O al cruzar por el templo reverente  
La voz escucho del solemne coro;

Si alcanzais en mi pálida mejilla  
Cuando os entono lastimosa endecha  
Una pérdida lágrima que brilla  
Al brotar en mis párpados deshecha:

Todo es una ilusión, todo mentira,  
Todo en mi mente delirante pasa,  
No es esa la verdad que honda me inspira;  
Que esa lágrima ardiente que me abrasa

No me la arranca ni el temor ni el duelo,  
No los recuerdos de olvidada historia;  
¡Es un raudal que inunda de consuelo  
Este sediento corazón de gloria!

¡Gloria! madre feliz de la esperanza,  
Mágico alcázar de dorados sueños,  
Lago que ondula en eternal bonanza  
Cercado de paisajes halagüeños,

¡Dame ilusiones! dame una armonía  
Que arrulle el corazón con el oído  
Para que viva la memoria mía  
Cuando yo duerma en eternal olvido.

¡Lejos de mí, deleites de la tierra,  
Fábulas sin color, forma, ni nombre,  
A quien un nicho miserable encierra  
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza! sin cesar conmigo  
Templo en mi corazón alzaros quiero,  
Que no importa vivir como el mendigo  
Por morir como Píndaro y Homero.

### PEREZA.

Cuán descansadamente  
Lejos del vano mundo se reposa  
A la orilla de límpida corriente  
O de un moral bajo la sombra hojosa!

En el césped mullido,  
Sin luz los ojos, sin vigor los brazos,  
De la tranquila soledad el ruido  
Se pierde por la atmósfera á pedazos.

El ánimo descansa  
De la ciega pasión, y su braveza,  
Y el cuerpo, presa de indolencia mansa,  
Se goza en su pacífica pereza.

Entonces no el tesoro  
Ni la sed del placer el alma aviva,

El mas rico licor en copa de oro  
Entonces se desprecia y no se liba.

La mente no se inquieta  
Por pensamientos de dolor cercada  
Que á su honda languidez yace sujeta,  
Y á su propia impotencia encadenada.

Sin luz el ojo vago,  
Sin un sonido sobre el labio abierto,  
Pasa la vida, cual por hondo lago  
De incierta luz el resplandor incierto.

Así vuelan las horas,  
Y así pasan pacíficas y bellas  
Cual las aves del viento voladoras,  
Cual la cobarde luz de las estrellas.

Así el pesar se aduerme,  
Y al grato són de una aura que murmura  
Tal vez se goza del reposo inerme  
Que confunde el pesar con la ventura.

Así mis horas quiero  
Que pasen sin valor y sin fortuna,  
Ya al manso són del céfiro ligero,  
Ya al resplandor de la amarilla luna.

Ven, amorosa Elvira,  
Ven á mis brazos, que de amor sediento  
El perezoso corazón suspira  
Por ver tus ojos, por beber tu aliento.

Ven, adorado dueño,  
Sepa que estás, en mi descanso inerte,  
Cerca de mí para velar mi sueño,  
Cerca, hermosa, de mí cuando despierte.

Yo en la yerba tendido,  
A la sombra de un álamo frondoso  
Entreveré con ojo adormecido  
Cuál velas mi descanso silencioso.

El sol á lento paso  
Hundió en el mar su faz esplendorosa,  
Marcando su camino en el ocaso,  
Vivo arrebol de púrpura y de rosa.

El agua mansamente  
Con monótono arrullo le despide,  
Y arrastrando sus ondas lentamente  
El ancho espacio de sus ondas mide

Solo queda en la tierra  
El vapor del crepúsculo dudoso,  
Y el vago aroma que la flor encierra  
Se esparce por el aire vagaroso.

Y las fuentes corriendo,  
Y las brisas volando se estremecen,  
Y su soplo en las árboles creciendo,  
A su soplo los árboles se mecen.

Trémulas van las olas  
Bajo sus alas mansas y ligeras,  
Reflejando las sueltas banderolas  
De las naves que el mar surcan veleras.

Y la luna argentina,  
La bóveda al cruzar del firmamento,  
La inmensidad del Bósforo ilumina,  
Color prestando al invisible viento.

Y al són del mar vecino,  
Y al murmullo del viento caloroso,  
Y al reflejo del éter cristalino  
Se aduerme el cuerpo en lánguido reposo.

En la quietud amiga  
De la callada noche macilenta,  
Hasta la misma languidez fatiga,  
Y el ánimo se rinde soñolienta.

¡Oh! bien haya el estío  
Con su tranquila y bochornosa calma,  
Que roba al corazón su ardiente brio,  
Y en blanda inercia nos aduerme el alma.

Ya de ese insomnio presa,  
Me faltan voluntad y pensamiento,  
Y hasta mi cuerpo sin valor me pesa,  
Y el són me cansa de mi propio aliento.

Dadme deleites, dadme,  
Henchidme de placeres los sentidos;  
Venid, eunucos, y al haren llevadme  
En vuestros brazos al placer vendidos.

Abridme esas ventanas,  
Dadme á beber el aura de la noche,  
Y á saborear las ráfagas livianas  
Que á la flor rasgan su aromado broche.

Quiero al són de las olas  
Secar un corazón en solo un beso;  
Traedme mis esclavas españolas,  
Que el mio tienen en sus ojos preso.

Venid, venid, hermosas,  
Divertidme con danzas y canciones,  
Venid en lechos de fragantes rosas,  
Venid, blancas y espléndidas visiones.

Quemad en mis pebetes  
Cuanto aroma encontreis en mi palacio,  
Y respiren sus anchos gabinetes  
Ambar opreso en reducido espacio.

Ven, voluptuosa Elvira,  
Trénzame con tu mano mis cabellos,  
Y tú, Inés, por quien Málaga suspira,  
Nardo derrama y azahar en ellos.

Traedme á esos esclavos  
Que aportan mis bajeles viento en popa,  
Presa que hicieron mis piratas bravos  
En un rincón de la dormida Europa.

Vengan á mi presencia,  
Y al són de sus extraños instrumentos  
Sirvan á mi poder y á mi opulencia,  
Sino con su canción, con sus lamentos.

Dadme deleites, dadme;  
Cúbreme, Elvira, con tu schal de espumas,  
Y las tostadas sienes refrescadme  
Con abanicos de rizadas plumas.

Suene en mi torpe oído  
Su suave són como murmullo blando  
De arroyo que á la mar baja perdido  
De peña en peña jugueteón rodando.

Cual tórtola que llama  
Con lento arrullo que en el viento pierde  
La descarriada tórtola á quien ama,  
De árbol sombrío en el columpio verde.

Danzad mientras reposo,  
Cantad en derredor mientras descanso,  
Y no sienta en mi sueño voluptuoso  
Mas que murmullo lisonjero y manso.

### CADENA.

#### I.

Nace la rosa y su botón desplega  
Orlada en torno de punzante espina,  
Y sobre el agua que los pies la riega  
Fresca se inclina.

Mas altanera cuanto mas hermosa,  
Su imagen mira en el tranquilo espejo,  
Y el sol del agua sobre el haz dudosa  
Pinta el reflejo.

El aura errante que al pasar murmura  
El dulce aroma de su caliz bebe,  
La sorda abeja que su esencia apura  
Néctar la debe.

Reina del huerto y de la selva gala,  
Del césped brilla sobre el verde manto,  
Libre á su sombra el colorín exhala  
Rústico canto.

No hay flor mas bella... ¿mas á qué su orgullo  
Si el cierzo helado su botón despoja  
Y el agua arrastra su infeliz capullo  
Hoja tras hoja?

#### II.

Huye la fuente al manantial ingrata  
El verde musgo en derredor lamiendo,  
Y el agua limpia en su cristal retrata  
Cuanto va viendo.

El césped mece y las arenas moja  
Dó mil caprichos al pasar dibuja,  
Y ola tras ola murmurando arroja,  
Riza y empuja.

Lecho mullido la presenta el valle,  
Fresco abanico el abedul pomposo,  
Cañas y juncos retirada calle  
Sombra y reposo.

Brotan en la altura la fecunda fuente;  
¿Y á qué su empeño, si al bajar la cuesta  
Halla del rio en el raudal rugiente  
Tumba funesta?

## III.

Lánzase el rio en el desierto mudo,  
La orilla orlando de revuelta espuma,  
Y al eco evoca cuyo acento rudo  
Hierva en su bruma.

Su imagen ciñe pabellon espeso  
De áspera zarza y poderoso pino,  
Y entre las rocas divididas preso  
Busca camino.

Lecho sombrío el rústico ramage  
Que riega en torno misterioso ofrece,  
Y el pardo lobo, y el chacal salvage  
Del se guarece.

La tribu errante, el viajador perdido  
La sed apaga en su raudal corriente,  
Y el arco cierra que sobre él partido  
Cuelga del puente.

¿Mas qué la sombra, el ruido y el perfume  
Valen del cauce que recorre estenso,  
Si el mar le cava cuando en él se sume  
Túmulo inmenso?

## IV.

¡El mar, el mar! — Remedo tenebroso  
De la insondable eternidad, espera  
De la trompa final el són medroso  
Para romper hambriento su barrera.

Abismo cuyos senos insaciables  
Jamás encuentra su avaricia llenos,  
De misterios conserva inmensurables  
Siempre preñados sus gigantes senos.

¡Eso es el mar! — Gemelo de la nada,  
Cinto que el globo por dó quier rodea,  
Centinela fatal que encadenada  
La tierra guarda que sorber desea.

¡El mar! — Como él hondísimo y oscuro  
El misterioso porvenir se estiende,  
Y tras su negro impenetrable muro  
Nada mezquina la razon comprende.

El cerco de un sepulcro es su portada,  
Tras él se baja un escalon de tierra :  
Pasado el escalon, la puerta hollada  
Se abre, sorba la víctima, y se cierra.

Y allá van sin cesar conforme nacen  
A morir uno y otro pensamiento,  
Brotan unos donde otros se deshacen,  
Bullen, caen, y se hunden al momento.

## V.

Rosas la fuente en la montaña brota,  
Sécense, caen, y bajan con la fuente  
Al rio que se va gota tras gota  
Al hondo mar que sorbe su corriente.

## EN UN ALBUM.

No sé si por el valle de la vida  
Cruzaré fatigado peregrino,  
Acabando cual flor que consumida  
Se seca entre los brazos de un camino :

No sé si en pos de inspiración ardiente,  
Rico y sediento el corazón de gloria,  
Le cruzaré cual rápido torrente,  
Rastro dejando de inmortal memoria.

Mas ya rueda cual hoja que arrebatada  
Sonante y revoltoso torbellino;  
Ya baje como escelsa catarata  
Ufano con mi espléndido destino;

Cuando al borde de tumba solitaria  
Desparrame mis pobres pensamientos,  
De mustias flores muchedumbre varia  
Secas entre mis últimos alientos,

¡Fiad, señora, que en tan triste lecho,  
Siempre leal y generoso amigo,  
Al ocupar mi cabezal estrecho  
Vuestra memoria dormirá conmigo.

## MISTERIO.

A MI AMIGO

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

¡Ay! aparta, falaz pensamiento,  
Que eterno en el alma bulléndome estás,  
Falsa luz que al impulso del viento  
En vez de guiarme perdiéndome vas.

Tras de tí por las sombras camino,  
Ni noche ni día descanso tras tí;  
Es seguirte tal vez mi destino,  
Y acaso es el tuyo guardarte de mí.

Misteriosa vision de mi vida,  
Mas vaga que el caos en forma y color,  
Te comprendo en mi mismo perdida,  
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Ya tu blanda amorosa sonrisa  
Me presta esperanza, me aviva la fé;  
Cual flor eres que aroma la brisa  
Y en seco desierto olvidada se ve.

Ya tu imagen sombría y medrosa  
Me ciega y me arrastra en su curso veloz,  
Como nube que rueda espantosa  
En brazos del viento al compás de su voz.

Ya cual ángel de paz te contemplo,  
Y ya cual fantasma sangrienta y tenaz :  
En el valle, en la roca, en el templo  
Te alcanzo á lo lejos hermosa y fugaz.

Por dó quiera te encuentran mis ojos,  
No miro ni tengo mas rumbo dó quier,  
Ya te muestras preñada de enojos,  
Fantasma enemiga ó risueña muger.

Yo no sé de tu esencia el misterio,  
Tu nombre y tu vago destino no sé,  
Ni cuál es tu ignorado emisferio,  
Ni adónde perdido siguiéndote iré.

Mas no encuentro otro fin á mi vida,  
Mas paz, ni reposo, ni gloria que tú,  
Que en el cóncavo espacio perdida  
Tu alcázar es su ancho dosel de tisú.

Por su rica region las estrellas  
A veces brillante camino te dan;  
Y otras veces tus místicas huellas  
Por mares de sombras perdiéndose van.

Una brisa en las ramas sonando  
Que dice tu nombre imagino tal vez,  
Y un relámpago raudo pasando  
Tu forma me muestra en fatal rapidez.

Yo postrado al mirarte de hinojos  
Dó quier que apareces levanto un altar,  
Y arrasados en llanto los ojos  
Tal vez insensato te voy á adorar.

Mas al ir á empezar mi conjuro,  
Mi torpe blasfemia ó mi casta oracion,  
El oriente en su cóncavo impuro  
Me sorbe irritado mi blanca vision.

Y tu imagen me queda en la mente  
Informe, insensible cual bulto sin luz  
Que se crea el temor de un demente  
De lóbrega noche entre el negro capuz.

Sueño, estrella ó espectro, ¿quién eres?  
¿Qué buscas, fantasma, qué quieres de mí?  
¿No hay sin tí ni dolor ni placeres?  
¿No hay lecho, ni tumba, ni mundo sin tí?

¿No hay un hueco dó escondas mi frente?  
¿No hay venda que pueda mis ojos cegar?  
¿No hay beleño que aduerma mi mente,  
Que hierve encerrada de sombra en un mar...?

¡Oh! si gozas de voz y de vida,  
Si tienes un cuerpo palpable y real,  
Deja al menos, fantasma querida,  
Que goce un instante tu vista inmortal.

Dame al menos un sí de esperanza,  
Alguna sonrisa, fugaz serafin,  
Con que espere algun día bonanza  
El golfo del alma que bulle sin fin.

Mas si es solo ilusion peregrina  
Que el ánima ardiente soñando creó,  
¡Ay! deshád esa sombra divina,  
Que viene conmigo dó quier que voy yo.

Sí, deshádla, que en vano la miro  
En torno á mis ojos errante vagar,  
Si cual débil y triste suspiro  
Se pierde en los vientos al ir á abrazar.

Sí, deshádla, que torpe mi mano  
Su mano en la sombra jamás encontró,  
Ni el mas débil lamento liviano  
Avaro en mi oído su labio posó.

Muere al fin, ¡ó vision de mi vida!  
Mas vaga que el caos en forma ó color,  
A quien siento en mi mismo perdida,  
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Mas ¿qué fuera del triste peregrino  
Que cruzando sediento el arenal  
No encontrara jamás en su camino  
Mansa sombra ni fresco manantial?

De esta vida en la noche tormentosa  
¿Qué rumbo ni qué término seguir?  
Sin tu vaga presencia misteriosa,  
Sin tu blanca ilusion ¿cómo vivir?

Abriéranse mis ojos á mirarte,  
Mis oídos tus pasos escuchar,  
Y al fin desesperados de encontrarte  
Tornáranse en tinieblas á cerrar.

Despertara en la noche solitaria  
De tus palabras al fingido són,  
Y solo respondiera á mi plegaria  
El latido del triste corazón.

¡Sombra querida, sin cesar conmigo  
Mis lentas horas hechizando ven,

Y el desierto arenal será contigo  
Huerto frondoso y perfumado Eden!

No espíres, misterioso pensamiento,  
Que dentro oculto de mi mente vas,  
Aunque no alcance el corazón sediento  
Tu santa esencia á comprender jamás.

No sepa nunca tu verdad dudosa;  
Vélame, si lo quieres, tu razón;  
Disípate á lo lejos vagarosa,  
Mas sé siempre mi cándida ilusión.

Al fin sabré que junto á ti respiro,  
Que estás velando junto á mí sabré,  
Y que aun brilla oscilando en lento giro  
La consumida antorcha de mi fé.

¿Qué me importa tu esencia ni tu nombre,  
Genio hermoso, ó quimérica ilusión,  
Si en esta soledad, cárcel del hombre,  
Dentro de tí te guarda el corazón?

¿Qué me importa jamás saber quién eres,  
Astro de cuya luz gozando voy,  
Término de mi afán y mis placeres,  
Dios que sin fin idolatrando estoy?

Quien quier que seas, vano pensamiento,  
Muger hermosa que soñando vi,  
O recuerdo ó tenaz remordimiento,  
Ni un solo instante viviré sin tí.

Si eres recuerdo endulzarás mi vida,  
Si eres remordimiento te ahogaré,  
Si eres visión te seguiré perdida,  
Si eres una muger yo te amaré.

## JUSTICIAS DEL REY D. PEDRO.

### I.

Quando su luz y su sombra  
Mezclan la noche y la tarde,  
Y los objetos se sumen  
En la sombra impenetrable,  
En un postigo escusado  
Que á una callejuela sale  
De una casa, cuya puerta  
Principal da á la otra calle,  
Dos hombres que se despiden  
Se ven, aunque no se sabe  
Ni cuál de los dos se queda,  
Ni cuál de los dos se parte.  
Ambos mirándose atentos,  
Ambos un pié hacia adelante,  
Parados en el dintel  
Están, y entrambos iguales.  
Por fin el mas viejo de ellos,

Hundiendo el mustio semblante  
Entre el sombrero y la capa  
En ademan de marcharse,  
Torció la cabeza á un lado  
Pronunciando un *no* tan grave,  
Que bien se vió que era el fin  
De las pláticas de enantes.  
Sin duda el otro entendido  
No encontró que replicarle,  
Pues bajando la cabeza  
Callóse por un instante.

« Buenas noches, » dijo el viejo;  
Tartamudeó un « Dios le guarde »  
El otro, mas decidiéndose  
Hizo hácia el viejo un avance :  
« Mírelo bien, y cuidado  
No se arrepienta, compadre.  
— Nunca eché mas que una cuenta.

— Piénselo bien, y no pase  
Sin contar lo que va de él  
A Don Juan de Colmenares.  
— Señor, replicó el anciano,  
En tiempos tan deplorables  
Ya sé que lo pueden todo  
Los ricos y los audaces.

— Pues mire lo que le importa,  
Que rico y audaz señales  
Son con que marca la fama  
A los que en mi casa nacen. »

Callaron por un momento,  
Y continuando mirándose,  
Dijo el viejo tristemente,  
Aunque en tono irrevocable :  
« Nunca lo esperé de vos,  
Mas tampoco vos ni nadie  
Puede esperar mas de mí.  
— Pues entonces adelante;  
Idos, buen viejo, con Dios,  
Que estoy de prisa y es tarde. »

Cerró la puerta de golpe  
A escuchar sin esperarse  
Una respuesta que el viejo  
Tuvo tentacion de darle :  
Y acaso por su fortuna  
Quedó á tal punto en la calle  
Para dársela á la puerta,  
Donde la deshizo el aire.  
Volvió el anciano la espalda,  
Y en dos golpes desiguales  
Sus pasos descompasados  
Pueden de lejos contarse;  
Porque sus piés impedidos  
Deben á su edad y achaques  
Una muleta que marcha  
Un pié que los suyos antes.  
La esquina á espacio traspuso,  
Y á poco otro hombre mas ágil,  
Saliendo por el postigo

Siguió en silencio su alcance;  
Túvose al volver la esquina,  
Tendió los ojos sagaces,  
Y enderezó los oídos  
Atento por todas partes;  
Mas no oyendo ni escuchando  
De que poder recelarse,  
Tomando el rastro del viejo,  
Echó por la misma calle.

### II.

En un aposento ambiguo,  
Medio portal, medio tienda,  
Que hace asimismo las veces  
De cocina y de despensa,  
Pues da su entrada á la calle,  
Y en confuso ajuar ostenta  
Camas, hormas y un caldero  
Colgado en la chimenea,  
Hay seis personas distintas  
Que hacen al pié de la letra  
(Salvo el padre, que está ausente)  
Una raza verdadera.  
Un mozo de veinte abriles,  
Una muchacha risueña  
De diez y seis, tres muchachos,  
Y una anciana de sesenta.  
Y aunque á las veces nos turban  
Engañosas apariencias,  
Zapateros son de oficio,  
Si á espacio se considera  
Que está la estancia aromada  
Con vapores de pez negra,  
Que ribetea la moza,  
Y que el mozo maja suela.  
« Mucho tarda, dijo el último,  
Padre esta noche, Teresa.  
— Ya há tiempo que ha anochecido.

— Muchacho, atiza esa vela,  
Y deja quieto ese bote. »  
Y esto diciendo en voz recia  
El mozo, siguió en silencio  
Cada cual en su tarea,  
El chico sitiando al bote,  
Ribeteando la doncella,  
Majando el mozo á compás,  
Y dormitando la vieja.

Con monótonos murmullos  
Arrullaban esta escena  
El són de la escasa lluvia  
De un aguacero que empieza,  
El no interrumpido són  
Con que hierve la caldera,  
Y el tumultuoso chasquido  
Con que la luz chisporrea.  
« ¿ Las nueve son? dijo el mozo.  
— Eso las ánimas suenan  
Con sus campanas, repuso

Santiguándose Teresa.  
— ¡ Las ánimas, y aun no viene! »  
Y echando atrás la silleta,  
Se puso el mancebo en pié,  
Y encaminóse á la puerta.  
Al ruido que hizo en el cuarto,  
Despertándose la vieja,  
Dijo : « ¿ Rezaís á las ánimas? —  
— Si señora, estése queda. »  
Asió el mancebo la aldaba,  
Mas la había alzado apenas  
Cuando un espantoso golpe  
Venció la puerta por fuera.  
¡ Muerto soy! dijo una voz;  
Cayó un embozado en tierra,  
Y vióse un hombre que huía  
Al fin de la callejuela.  
En derredor del caído  
Se agolparon, que aun conserva  
Algun resto de la vida  
Que le arrancan á la fuerza;  
Mas no bien le desenvuelven  
Por ver piadosos si alienta,  
Un grito descompasado  
Lanzó... la familia entera.  
Blasfemó el mozo con ira,  
Desmayóse la doncella,  
Y la anciana y los muchachos  
En llanto á la par revientan.  
« Padre, ¿ quién fué? » preguntaba  
Sosteniendo la cabeza  
Del anciano moribundo  
El hijo, que llora y tiembla.  
Echóle triste mirada  
Su padre, como quien lega  
Su razón y su justicia  
En quien se fija con ella  
« Juan... »

— ¿ Qué Juan?

— De Colmenares, »

Balbuocé con torpe lengua,  
Y sobre el brazo del hijo  
Dobló la faz macilenta.

Reinó un silencio solemne  
Por un instante en la escena,  
Y á reunirse empezaron  
Vecinos de ambas aceras.  
Llegó la justicia al punto,  
Y mientras *justicia* ella  
Partió por la turba el mozo  
En faz de intencion siniestra.  
« ¿ Dónde va? dijo un corchete.  
— Siendo yo su sangre mesma  
¿ Adónde sino al culpable?  
— Soy con vos.

— Enhorabuena.

— Por si acaso, va seguro, »  
Dijo para sí el de presa,

Mientras el mozo resuelto  
Ganó a una esquina la vuelta.

## III.

Son treinta días despues,  
Y el mismo lugar y hora,  
La misma vieja y los chicos  
Con mesa, mancebo y moza.  
Cada cual en su tarea  
Sigue en paz, aunque se nota  
Que todos tienen los ojos  
Del mancebo en la faz torva.  
Él, sin embargo, en silencio  
Prosigue atento su obra  
Sin levantar la cabeza,  
Que sobre el pecho se apoya.  
Tan doblada la mantiene,  
Que apenas la llama roja  
Que da la luz, alumbrarle  
Las cejas fruncidas logra;  
Y alguna vez que el reflejo  
Las negras pupilas toca,  
Tan viva luz reverberan  
Que chispas parece brotan.  
La verdad es, que una lágrima  
Que á sus párpados asoma  
Viene anunciando un torrente  
En que el corazón se ahoga.  
Y el mozo, por no aumentar  
De los suyos la congoja,  
A duras penas le tiene  
Dentro el pecho y le sofoca.  
Largo rato así estuvieron  
En atención afanosa,  
Todos mirando al mancebo,  
Y este mirando á sus hormas,  
Hasta que al cabo Teresa,  
Mas sentida ó mas curiosa,  
Le dijo: «¿Estás malo, Blas?»  
Y á su voz limpia y sonora  
Siguió otro largo intervalo  
De larga atención dudosa.  
Nada el hermano responde,  
Mas ella su afán redobla,  
Que no hay temor que la tenga  
La valla de una vez rota.  
«¡Cómo estás tan cabizbajo...!»  
Y aquí Blas interrumpióla.  
«¿Y qué tengo que decir  
A quien sin padre y sin honra  
Debe vivir para siempre?»  
Y aquí la familia toda  
Rompió en ahogados sollozos  
A tan infausta memoria.  
Sosegóse, y siguió Blas  
En voz lamentable y honda:  
«Él rico, y nosotros pobres;  
Débil la justicia, y poca,

Y el rey en caza y en guerra,  
¿Qué puede alcanzar quien llora?  
—¿Qué, por libre se atrevieron...?  
—Poco menos, pues sus doblas  
Pudieron mas con los jueces  
Que las leyes.

—¡Las ignoran!»

Dijo indignada Teresa.  
«¡No, hermana; las acogotan!»  
Contestó Blas, sacudiendo  
Su mazo con ciega cólera.

Siguió en silencio otro espacio,  
Y otra vez Teresa torna:  
«¿Mas la sentencia cuál fué?»  
Dijo, y calló vergonzosa.  
«¿La sentencia?» gritó Blas  
Revolviendo por las órbitas  
Los negros y ardientes ojos,  
«¿La sentencia pides? óyela.»  
Todos se echaron de golpe  
Sobre la mesilla coja,  
Que vaciló al recibirles,  
A oír lo que tanto importa.  
«Sabeis que el de Colmenares  
Hoy pingüe prebenda goza  
En la iglesia, y que á Dios gracias,  
Y á mi diligencia propia,  
Se le probó que dió muerte  
A padre (que en paz reposa).  
Pues bien, no sé por qué diablos  
De maldita gerigonza  
De conspiración que dicen  
Qué con su muerte malogra,  
Dieron por bien muerto á padre,  
Y al clérigo...

—¿Le perdonan?»

—No, vive Dios, le condenan;  
¡Mas ved qué dogal le ahoga!  
Condénanle á que en un año  
No asista á coro, mas cobra  
Su renta, es decir, le mandan  
Que no trabaje, y que coma.»

Tornó á su silencio Blas,  
Y á sus sollozos la moza,  
Ella cosiendo sus cintas,  
Y él machacando sus hormas.

## IV.

Está la mañana limpia,  
Azul, transparente, clara,  
Y el sol de entre nubes rojas  
Espléndida luz derrama.  
Toda es tumulto Sevilla,  
Músicas, vivas y danzas;  
Todo movimiento el suelo,  
Toda murmullos el aura.

Cruzan literas y pages,  
Monges, caballeros, guardias,  
Vendedores, alguaciles,  
Penachos, pendones, mangas.  
Flota el damasco y las plumas  
En balcones y ventanas,  
Y atraviesan besamanos  
Donde no caben palabras.  
Desoórrrense celosias,  
Tapices visten las tapias,  
Los abanicos ondulan,  
Y los velos se levantan.  
Cuantas hermosas encierra  
Sevilla á su gloria saca,  
Cuantos buenos caballeros  
En sus fortalezas guarda,  
Ellos porque son galanes,  
Y ellas porque son bizarras,  
Las unas porque la adornen,  
Los otros para admirarlas.  
Oyense al lejos clarines,  
Y chirimías y cajas,  
Y á lengua suelta repican  
Esquilones y campanas.  
Mas no vienen los hidalgos  
Armados hasta las barbas,  
Ni el pálido rostro asoman  
Las bellas amedrentadas;  
Que no doblan los mancebos  
En són agudo de alarma,  
Ni las campanas repican  
A rebato arrebatadas:  
Que es la procesion del Corpus  
Que ya traspone las gradas  
Del atrio, y el rey Don Pedro  
Acompañándola baja.  
Padillas y Coroneles  
Y Alburquerque se adelantan  
Con Osorios y Guzmanes,  
Pompa ostentando sobrada.  
Y bajo un palio Don Pedro  
De ocho punzones de plata,  
Descubierta la cabeza,  
Y armado hasta el cuello, marcha.  
En torno suyo el cabildo  
Diez individuos encarga  
Que de escuderos le sirvan  
En comision poco santa;  
Mas tiempos son tan ambiguos  
Los que estos monges alcanzan,  
Que tanto arrastran ropones  
Como broqueles embrazan.  
Entre ellos se ve á Don Juan  
De Colmenares y Vargas,  
Que deja por vez primera  
La reclusion de su casa.  
No porque el año ha cumplido,  
Sino porque el año paga,

Y doblas redimen culpas  
Si se confiesan doradas.

Rosas deshojan sobre ellos  
Las hermosísimas damas,  
Y toda es flores la calle  
Por donde la corte pasa.  
Envidia de las mas bellas  
Salió á un balcon del alcázar  
La hermosísima Padilla,  
Origen de culpas tantas.  
Hízola vénia Don Pedro,  
Y al responderle la dama,  
Soltó sin querer un guante,  
Y ojalá no le soltara.  
Lanzóse á tomar la prenda  
Muchedumbre cortesana:  
Muchos llegaron á un tiempo,  
Mas nadie tomarla osaba,  
Que fuera acción peligrosa  
Aparte de lo profana.  
Partiendo la diferencia  
Salió de la fila santa  
El bizarro Colmenares  
Con intención de tomarla.  
Mas no bien dejó su mano  
Del palio el punzon de plata,  
Y puso desde él al rey  
Cuatro pasos de distancia,  
Cuando un mancebo iracundo  
Con irresistible audacia  
Se echó sobre él, y en el pecho  
Le asentó dos puñaladas.

Cayó Don Juan, quedó el mozo  
Serenos en pié entre los guardias,  
Que le asieron, y Don Pedro  
Se halló con él cara á cara.  
La procesion se deshizo,  
Volvió gigante la fama  
El caso de boca en boca,  
Y ya prodigios contaban.  
Juntáronse los soldados  
Recelando una asonada,  
Cercaron al rey algunos,  
Y llenó al punto la plaza  
La multitud codiciosa  
De ver la lucha empezada  
Entre el sacrilego mozo  
Y el sanguinario monarca.  
Duró un instante el silencio  
Mientras el rey devoraba  
Con sus ojos de serpiente  
Los ojos del que le ultraja.

«¿Quién eres?» dijo por fin  
Dando en tierra una patada.  
«Blas Perez, » contestó el mozo  
Con voz decidida y clara.  
Pálido el rey de corage